

espacio para que nadie se siente. La canoa, recargada de peso, se hunde hasta los bordes, tal parece que va á zozobrar: un movimiento, y se hunde todo!.....

Se mueve lentamente; la multitud se comprime, hace milagros, rompe la música, pues cada nao está provista de artistas indígenas que tañen el arpa, se escucha el incitante jarabe, y hombres, y mujeres, y niños, comienzan á bailar.

Entonces la canoa parece animarse, antes estaba dormida, perezosa. Ahora se mueve con ligereza y marcha por ese canal, que se extiende á la vista hasta perderse en lontananza. Mil canoas se cruzan, y en todas se canta, en todas se baila; á veces tropiezan, y una de ellas se va á pique; pero el baño que sufren los bailarines, no hace mas que redoblar su alegría..... De una canoa á otra se entablan diálogos; la música de la una, hace perder el compás á los bailarines de la otra, y para el especta-

EL PASEO DE BUCARELI.

Hay ciertos lugares en México, que á la manera de un diorama que cambia sus vistas de hora en hora, van mudando de aspecto á los ojos del observador curioso: (1) el Paseo Nuevo, digo, es el teatro de mudanzas consecutivas, porque á cada instante que se le visite, presenta un cuadro diverso. A los primeros albores de la mañana, cuando gorjean los pájaros sobre las ramas salpicadas de rocío, uno que otro transeunte soñoliento de la clase baja del pueblo, algun pordiosero que desdeñó vivir en la casa de asilo, algunos ginetes que cabalgan á la inglesa, consortes felices que abandonaron el lecho para respirar las brisas matinales, franceses que estrañan sus *boulevares*, é ingleses que se alegran de no verse envueltos en la bruma de Londres, son los primeros transeuntes del Paseo Nuevo; siguen luego conductores de carbon, de madera, de comestibles, las vacas de regreso de la ciudad, las diligencias para Toluca, y el interminable cordon de carruajes que van á Tacubaya.

Como el amor suele ser uno de los medios mas eficaces para no acordarse de las horas que vuelan, cuando ya el sol abrasa con sus rayos, que huyen los demas, se queda olvidada en una banca de piedra alguna pareja, estasiada en pláticas sabrosas.

Al medio día, cuando los árboles de la calzada, desnudos unos y tiernos aún los otros, no son bastantes á mitigar el calor, el paseo es apenas transitado por jadeantes rocines, que tiran de un coche de alquiler; mas tarde los presidarios, ó algunas veces los hijos de Baco, recogidos por la policía, se dedican mal de su grado al no muy grato entretenimiento de regar las 1.181 varas de calzada, que en la tarde debe convertirse en el parage mas concurrido de la capital, en el que nuestra fastuosa sociedad ostenta su brillo y su donaire.

La tarde, ¡ah! la tarde es la hora solemne del *Paseo Nuevo*. Desde el edificio de la ex-Acordada, están apostados dragones de trecho en trecho, para cuidar el orden de la marcha de los carruajes. La estatua ecuestre de Carlos IV se levanta magestuosa y grave, esa obra inmortal de D. Manuel de Tolsa, una de las mas admirables del arte en el mundo, tiene 5 varas y 24 pulgadas de altura, y está colocada sobre un pedestal de piedra, rodeado de un balaustrado de hierro. La obra se debe en mucha parte al virey marques de Branciforte; pero como en todos los grandes monumentos del arte, en este tuvieron que vencerse mil inconvenientes para su construcción: tres años estuvo el molde depositado en la huerta del colegio de San Gregorio, hasta que el 2 de Agosto de 1802, se encendieron dos hornos que contenian 600 quintales de metal, y el día 4 á las seis de la mañana abriéndose los conductos, corrió el metal encandecido á sepultarse en las profundidades del gran molde, que se llenó en quince minutos, y despues de 14 meses que se emplearon en pulir la estatua, México presentó á la admiracion del mundo entero esa obra maestra, que desde entonces está desafiando al rayo y á los siglos.

(1) El Paseo Nuevo, que de nuevo solo tiene el nombre, estrenado el 4 de Noviembre de 1778, en el reinato del Escmo. Sr. D. Antonio María Bucareli y Urzúa, cuyo nombre tomó y conservó hasta que se consumó la Independencia.

dor que permanece en la orilla, esa armoniosa confusion, ese movimiento incesante, esa alegría expansiva, forman uno de esos cuadros que no se olvidan nunca.

Las canoas navegan así hasta Santa Anita ó Ixtacalco, pequeños, pero pintorescos pueblecillos de indígenas, que se mantienen con el comercio de flores, de legumbres y de patos. Allí se renueva el fandango, se hacen nuevas libaciones, y cuando el sol ha caido, regresan todos mas contentos, mas animados. Todos vuelven entonces coronados de flores, de las que se cultivan en las *chinampas*, jardines flotantes, hechos en medio de las aguas á fuerza de industria; y ya entrada la noche, al dispersarse la multitud silenciosa, pues la alegría despues de su explosion, causa y deja un vacío en el corazon, lleva hasta el hogar doméstico la guirnalda de amapolas, que es de rigor traer, como un recuerdo del placer pasado....

FLORENCIO M. DEL CASTILLO.

El día 29 de Noviembre de 1803, fué colocada en el pedestal que al efecto se habia levantado en el centro de la plaza mayor, habiendo sido descubierta con gran solemnidad el día 9 de Diciembre siguiente.

Allí permaneció hasta despues de consumada la independencia de la nacion; y en 1822, el gobierno, temiendo la escaltacion del pueblo, lo hizo conducir al patio de la Universidad, de donde se sacó en 1852, contratando la obra de traslacion, que costó 17.300 pesos, el arquitecto D. Lorenzo Hidalgo y el ingeniero D. Manuel Restory.

Despues de admirar la estatua ecuestre, llama la atencion la Nueva Plaza de Toros; graciosa y elegante, que con los edificios que le son anecos, ocupa una área de 20.695 varas cuadradas. La plaza es toda de madera, de figura circular, la área tiene un diámetro de 70 varas; despues de la valla y contravalla, se levantan siete órdenes de gradas y dos de palcos, de 136 cada uno, sostenidos por 272 columnitas esbeltas y elegantes. La azotea está enladrillada y cercada por ambos lados con balaustrados de madera; la altura total de la plaza, es de 12 varas, y pueden ocuparla cómodamente diez mil personas: comenzó la obra en 18 de Enero de 1851, y se concluyó en 25 de Noviembre del mismo año, importando la suma de 97.202 pesos 6 rs. Por la parte exterior hay una hermosa casa con dos pisos, á cuyos lados se prolongan al O. y al S. dos balaustrados de hierro sobre un sócalo de recinto, que con 30 pilastras de cantería cada uno, sostienen otras tantas bonitas rejas de 4 $\frac{3}{4}$ varas de altura y 6 de largo, que cierran todo el edificio exteriormente. Esta obra la debe México al Sr. D. Vicente Pozo.

Allí es donde las hermosas, lujosamente engalanadas y colocadas en cada lumbrera, como ramos de flores escogidas, cediendo á la costumbre que nos legaron los españoles, al par que los galanes y los grandes personajes, contemplan con ávida ansiedad, al éo tal vez de las mas tiernas creaciones de Bellini y Donizetti, esas escenas de horror, esos lances terribles de la tauromaquia, sangre, terror, muerte y puñaladas.

Y allí es tambien donde el pueblo, *el público del sol*, entregado enteramente á la contemplacion del espectáculo, se le ve agitarse como las olas del océano, se le mira enagenado, absorto, en uno de los lances atrevidos, se escucha el prolongado rumor de sus burlas descaradas, ó nos estremece el grito unánime de aplauso, ó el ¡ay! profundo de compasion, si algun torero fué la víctima; el populacho y la sociedad elegante están frente á frente, separados por su fortuna, y unidos por un mismo instinto, llamados por una misma voz, impulsados por un mismo deseo, el de sentir algo que conmueva, que hiera el corazon, que haga olvidar el rudo trabajo ó la monotonía y el fastidio de toda la semana.

La primera corrida de toros que hubo en México, se verificó el 24 de Junio de 1526, para celebrar la bienvenida de Hernán Cortés, que regresaba de las Hibueras.

Nos hemos detenido insensiblemente en los detalles de los dos principales objetos que llaman la atencion al entrar al paseo; ahora vamos á recorrer la calzada, desde la estatua hasta la fuente principal, cuya distan-

cia es de 610 varas, y de aquí hasta los postes colocados antes de la garita, y á 570 varas de la fuente, cuyos dos tramos forman la estension de 1.181 de que hemos hablado.

Al comenzar la tarde, mas de trescientos carruajes en el mejor orden, recorren incesantemente la calzada, mientras que otros muchos apostados descansan en el ámbito de las glorietas.

La esquisita variedad de formas y colores de los coches, de las libreas y de los caballos, hace admirar á cada momento el sorprendente lujo que en eso ha desarrollado México, de algunos años á esta parte: allá sobre los sedosos y mullidos cojines de un carruaje, al magestuoso trotar de dos frisones, reclinados con indolencia y languidez, pasan como visiones vaporosas las beldades; mil ginetes apuestos y elegantes cual leves mariposas, revelan en rededor de esas flores envidiadas, el aura de la tarde lleva en sus alas mil sonidos diversos, las ramas de los árboles que se agitan, las fuentes que corren abundantes, el pesado rumor de los carruajes, los ecos de la música de la plaza, y de vez en cuando esa detonacion prolongada que rasga el viento, cuando diez mil personas lanzaron un ¡ay! unánimes ó cuando rieron de alegría.

Así pasa la tarde, y al declinar el sol entre celages vaporosos, ¡qué paisajes tan bellos! ¡qué perspectivas tan halagüeñas! ¡cuánta poesía derrama el crepúsculo en el alma! Al E. bajo el variado pabellon de cien colores, se extiende una campiña deliciosa; entre mil bosquecillos de esmeralda, se destacan como palomas, casas blancas que un momento despues, cual

si durmieran, se pierden en las sombras; Chapultepec, ese antiguo palacio, seno de tantas tradiciones y recuerdos, como el eterno centinela del valle, se levanta erguido sobre ese monton de peñas y ahuehetes, enviando de sus pies á la ciudad sedienta el agua pura y cristalina de su perenne manantial; mas allá Tacubaya, la graciosa vecina, muellemente recostada en sus lomas de esmalte, con sus jardines y sus casas pintorescas, con sus bolos y su *árbol bendito*, recoge sonriendo los últimos destellos del sol que muere. Al S. O. se pierde en lontananza, con sus azules montañas, que de dosel les sirven, los pueblos de Mixcoac florido, Padierna y Churubusco ensangrentados, San Angel y Coyoacan.

Al S. E. gigantes magestuosos, cual monumento eterno de los siglos, escondiendo sus nieves en el azul del cielo, se destacan el Popocatepetl y el Istaccihuatl.

Al E. de regreso se percibe, entre el polvo que levantan los coches, como una hoguera que comienza á encender el viento, la ciudad con sus torres infinitas, que al sepultarse en las sombras, comienza á iluminarse como un monton de chispas.

Un momento despues, el paseo queda sumergido en las tinieblas, todo yace en el silencio, se restañó la sangre de las víctimas de la corrida, calló la música, abandonó la concurrencia los lugares de su recreo, para buscar en la ciudad nuevos placeres. El diorama guardó sus vistas, y el narrador su pluma.

JOSE T. DE CUELLAR.

IXTACALCO.

En el artículo de "México" habrán visto nuestros lectores, la manera cómo se fundó la gran ciudad, cómo estaba cuando la conquistaron los españoles, y cómo se fué formando la nueva capital despues de la conquista. Desde esa época á la fecha, todo lo antiguo se puede decir que ha desaparecido, y no quedan mas que algunos vestigios, que se perderán enteramente en pocos años. Sin embargo, en los pueblos pequeños de Santa Anita é Ixtacalco, hay algo que recuerda las épocas de los reyes y emperadores mexicanos. Ixtacalco, que viene de las voces mexicanas *Ixtacalli*—Casa Blanca, está situado rumbo al S. E., á distancia de una legua, ó poco mas de la capital, en las orillas del ancho canal que comunica la laguna de Chalco con la de Tezucoc. Ambos pueblos, que en su totalidad se componen de poblacion indígena, se puede asegurar que á poco mas ó menos están lo mismo que en tiempo de la conquista. Unas casas son de adobe, otras de carrizos, y muy pocas de cal y piedra. Todos los habitantes son propietarios de pequeños terrenos, que con carrizos y capas de tierra vegetal, han formado sobre las aguas del canal; de suerte, que como islas flotantes, pueden ser trasportados con facilidad de un lugar á otro. En estos terrenos, que se llaman *chinampas*, que viene de las voces mexicanas *tlali ompautil*, que significa *tierra en el agua*, siembran todo el año flores y hortaliza. En algunas estaciones del año, nada hay mas pintoresco que estos pueblecillos retratados en las claras aguas del canal y rodeados de isletas, las unas cubiertas de fragantes rosas de Castilla, las otras de claveles y azucenas, las mas lejanas de rojas amapolas y de olorosos chícharos. Repentinamente dos indios, embarcados en una canoa pequeña, tiran con un cable y se llevan á remolque, para colocarla en otro paraje, una isla entera llena de flores ó de legumbres. El que haya ojeado la historia antigua de este país, tan interesante y tan poética, puede fácilmente, cuando se halla en Ixtacalco, figurarse en su imaginacion lo que sería esta ignorada Venecia del Nuevo-Mundo, no sentada entre las hirvientes olas de la mar, sino reposando tendida como una ondina entre las aguas azules y apacibles de los lagos, y entre las variadas flores y arbustos de que estaban llenas las islas. Este canal, estas *chinampas*, este pueblecillo, siempre húmedo y frondoso, es lo que mas llama la atencion de los extranjeros instruidos, que no dejan de admirar esta agricultura sencilla y primitiva, y esta antigua invencion de los jardines flotan-

tes, digna de los pueblos mas adelantados en la civilizacion. Los indígenas que habitan estos pueblos, siembran casi en todas las estaciones del año, flores y verduras, y las vienen á vender á la ciudad, conduciéndolas por el canal, en unas chalupas muy pequeñas. Segun los cálculos hechos por algunas personas curiosas, el solo valor de las flores, pasa en cada año de 12.000 pesos. La poblacion de los dos pueblecillos llegará en el día á 1.500 habitantes.

Durante los meses de la primavera, y especialmente en el Viernes de Dolores y Semana Santa, el canal de la Viga se cubre de chalupas y canoas llenas de flores, y las *chinampas* quedan por algunos dias marchitas y eriazas; pero á poco vuelven á tapizarse de esa primorosa alfombra, con que la naturaleza sabe cubrir la tierra, y el comercio continúa por algunos meses.

Santa Anita é Ixtacalco, son los paseos favoritos de la gente del pueblo. En la estacion propia, que comienza el primer domingo de cuaresma, y concluye en la Pascua de Espiritu Santo, todos los dias festivos se dirigen las gentes en bandadas al embarcadero de la Viga. En una canoa se colocan hasta cincuenta hombres y mujeres, sentados en los bordes. El centro lo ocupan tres ó cuatro músicos, y una ó dos parejas de balaladoras, que alternan el *jarabe*, el *palomo*, el *artillero*, y otros soncillos del país, como se dice generalmente. A veces la mitad de los pasajeros cantan y acompañan á los músicos. Una vez que las gentes llegan al pueblo, se reparten en las chozas de los indios, y precisamente han de comer *tamales*, pato, ó cualquiera otra cosa. En cuanto á bebida, se puede asegurar que ninguno deja de tomar un vaso de pulque. Al oscurecer regresan todas las canoas, y las mugeres y los hombres vuelven á su casa con una corona de rosas ó de amapolas. Entretanto, la gente del pueblo olvida en aquellos momentos su condicion y su miseria; la aristocracia, en soberbios carruajes, recorre fantástica y rápida aquellas calzadas espaciosas que están junto al canal, y goza del húmedo ambiente de las aguas, y de la escena soberbia que presenta el ancho valle de México, cuando el sol se pone detras de las montañas, y tiñe, con una tinta rosada, la alta y solitaria cumbre de los volcanes.

M. PAYNO.